

Misericordiosos como el Padre (5)

Las “cosas” del Padre.

Un “pentateuco” hecho en casa

(Jb 1,1-5; Lc 15,20)

“(…) Por eso, hágase, hagan que se manifieste la gratuidad de Dios, religiosos, religiosas sacerdotes, seminaristas, todos los días vuelvan, hagan ese camino de retorno hacia la gratuidad con que Dios los eligió. Ustedes no pagaron entrada, para entrar al seminario, para entrar a la vida religiosa. No se lo merecieron.” (*Del discurso en el encuentro con el clero, religiosos, religiosas y seminaristas en el Santuario Nacional Mariano El Quinche, Quito 8 de julio de 2015*)

A lo largo del Evangelio, en ocasiones muy puntuales, Jesús expresa el deseo de que quienes le siguen más de cerca “sean”, o “dejen de ser”, de determinada manera. ¿Qué y cómo pide Jesús que sean los suyos? En el marco de este encuentro la respuesta se limita a la consideración de la forma y tiempo verbal que indica en el griego del Nuevo Testamento (NT) ese anhelo de transformación que Jesús presenta. La lengua griega para expresar la dinámica del proceso emplea: *gínesthe*¹, que en general se traduce como “sean”, o “háganse”. En los Evangelios aparece siempre en boca de Jesús. Del resto en el NT lo emplea Pablo.

- Mt 6,16: “Cuando ayunen, *no sean* como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que se note que ayunan”
- Mt 10,16: “Yo les envío como a ovejas en medio de lobos: *sean* entonces astutos como serpientes y sencillos como palomas”
- Mt 24,44: “Ustedes *estén* preparados, porque el Hijo del Hombre viene a la hora menos pensada”
- Lc 6,36: “***Sean* misericordiosos, como el Padre de ustedes es misericordioso**”

¹ Imperativo de presente de la voz media, 2ª persona del plural del verbo *gínomai*.

- Lc 12,40: “Ustedes *estén* preparados, porque el Hijo del Hombre viene a la hora menos pensada”

Jesús rechaza la hipocresía en la relación con Dios. Esta no se debe falsear ni manipular. Insiste en la capacidad de mantenerse atentos, en vigilia permanente, esperando su venida sin descuidar las responsabilidades propias. Y todo esto con inteligencia humilde, tan humilde así que hasta de los animales se esté dispuesto a aprender. Fuera de los Evangelios, el apóstol de las gentes, por su parte, emplea *gínesthe* con más frecuencia. En un primer uso a considerar invita a los miembros de la comunidad de Roma a situarse entre los demás y ante sí mismos: “Pónganse al nivel de los pequeños; *no se tengan* por sabios” (Rm 12,16). ¡Ponerse al nivel “de los pequeños”! Qué bien lo entiende María en su canto reconociendo a estos como los humildes enaltecidos por Dios (Lc 1,52), aquellos con los que Jesús comparte también corazón (Mt 11,29).

De las cartas paulinas es 1 Corintios donde *gínesthe* tiene mayor uso; en general indica una actitud o comportamiento a evitar, por eso emplea en formulación negativa: “No sean / No se hagan (...)”

- “esclavos de los hombres” (1Cor 7,23)
- “idólatras” (1Cor 10,7)
- “motivo de escándalo para judíos, griegos o para la iglesia de Dios” (1Cor 10,32)
- “como niños para juzgar” (1Cor 14,20)
- “aliados indebidamente de los que no creen” (2Cor 6,14)
- “cómplices [de los que obran mal]”(Ef 5,7)
- “no sean necios, sino que entiendan la voluntad del Señor” (Ef 5,17)

Con formulación positiva, Pablo llama *a ser*:

- “mis imitadores”(1Cor 4,16; 11,1: como yo de Cristo); Gal 4,12; Ef 5,1; Fil 3,17
- “adultos” (1Cor 14,20)
- “firmes e incommovibles, progresando siempre en la obra del Señor” (1Cor 15,58)
- “amables/cariñosos” (Ef 4,32)

En el caso paulino, pensando en las realidades concretas de las comunidades a las que se dirigen estos escritos, se exhorta a la superación de lo que entonces acontecía al interno de las mismas y dificultaba su crecimiento. La clave que se da para ello está entre el tener más presente a Cristo –como el mismo apóstol lo intenta– y el revisar el afecto que se tienen.

A la base de todos los textos del NT hasta aquí señalados puede identificarse un elemento coincidente: el reconocimiento de la capacidad humana para (re)modelar y (re)orientar la propia existencia. Se trata de un optimismo antropológico en cuanto se reconoce la libertad humana para decidir, a la vez que se expresa una confianza en la posibilidad real, alcanzable, de la construir de otra manera la vida a la luz del paradigma de Jesús de Nazaret y de la Buena Noticia que Él encarna.

Los escritos neotestamentarios cuando citan el Antiguo Testamento (AT) emplean habitualmente su versión griega, donde tampoco falta el uso de *gínesthe*. De los posibles a considerar, algunos de los más significativos:

- Nm 14,9 (Moisés): “No sean apóstatas (rebeldes)”
- 2Sm 2,7 (David): “Sean valientes”
- 2Cr 30,7 (Ezequías): “No sean como sus padres y sus hermanos”
- 1Mac 3,58 (Judas): “Ármense y sean valientes”
- Sal 32,9 (orante perdonado): “No sean irracionales, como el caballo y la mula”
- Zac 1,4 (Zacarías): “No sean como sus ancestros”

Los contextos del AT reflejan momentos decisivos para el pueblo, urgiéndolo a reaccionar para propiciar un cambio favorable ante un riesgo inminente. Pero a este punto cabe preguntarse, ¿de qué manera la consideración de lo hasta aquí expuesto sobre *gínesthe* ayuda a la comprensión de Lc 6,36? Una primera respuesta es la constatación en los textos indicados de una apremiante llamada a orientar la vida hacia una actitud diversa que hasta ese momento o bien no se ha dado o bien no se ha desarrollado significativamente. En el caso de Lucas, además, ya el mismo capítulo venía presentando criterios decisivos que van desde lo proclamado en las Bienaventuranzas (vv. 20-23) al amor a los enemigos (vv. 27-35). Por otra parte se observa que en el modo particular de

presentar lo que se ha de ser, o lo que no, Jesús recurre a comparaciones que faciliten el desarrollo de la cualidad requerida:

Penitente. > (no) como hipócritas

Astutos > como serpientes

Sencillos > como palomas

Misericordiosos > como el **Padre**

La característica a desarrollar supone por lo tanto el conocimiento cercano del modelo que se propone: ¿cómo son los hipócritas?, ¿cómo las serpientes y las palomas?, ¿y cómo es el Padre?. En cuanto a las categorías de personas aparecen los hipócritas y el padre. Para el primero viene bien citar el comentario del equipo de reflexión de la CER al relato del buen samaritano (Lc 10,29-37):

“El evangelista es atroz y despiadado en esta denuncia que hace; está presentando a las personas religiosas como más peligrosas que los bandidos. Los bandidos hieren, ¡pero las personas religiosas dejan morir! Están tan absorbidas por el respeto a la ley de Dios que no se percatan de que dicha ley causa sufrimiento a los individuos. La novedad clamorosa que Jesús trae consigo es que cada vez que existe una colisión entre la ley de Dios y el bien del hombre para Jesús no hay lugar a dudas: elige siempre el bien de las personas.” (CER, Módulo 4: “Ve y haz tú lo mismo”)

A lo largo de su camino Jesús se muestra radical en esa misma opción: el bien de las personas. Es una decisión que nace y se alimenta en su filiación, en su experiencia de hijo que contempla, descubre, aprende y se goza en el Padre. Es ahí donde va dándole contenido progresivamente a “las cosas del Padre” (Lc 2,49). Todo el evangelio de Lucas, de hecho, pareciera tener como hilo conductor esta vivencia continuada de Jesús.²

Para la Vida Religiosa, aquí y ahora, ¿qué son las cosas del Padre?, ¿cuáles son sus asuntos? El mismo Jesús tuvo que ir desentrañándolas y dándoles, no sólo nombre, sino también rostro. Lo va haciendo desde la escucha de la Palabra del Padre y del compartir la vida con su gente. Jesús, en un ensanchamiento continuado, pasa del “mi padre” al “padre de ustedes” (12,30) pasando por el “padre nuestro” (11,2). Desde el diálogo,

² Los textos lucanos en los que Jesús habla a Dios o de Dios como Padre explícitamente son: Lc 2,48; 6,36; 9,26; 10,21.22 (cinco veces en los dos versículos); 11,2.13; 12,30.32; 22,29.42; 23,34.46; 24,49.

escuchando y preguntando, dejándose también cuestionar, Jesús va asomándose a las cosas del Padre (cf. Lc 2,41-50), y no duda en proclamarlas a la luz de la Palabra en la sinagoga de Nazaret (cf. Lc 4,16-21), y todo esto sin descuidar el contacto permanente con el Padre en los tantos momentos de oración que tiene.

El camino de Jesús presentado por Lucas se abre y cierra con la mención del Padre (cf. 2,49; 23,46) ¡y todavía después de la resurrección (cf. 24,49)!. En ese recorrido, casi al centro del mismo, queda un núcleo intenso:

“En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: «Yo te bendigo, **Padre**, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, **Padre**, pues tal ha sido tu beneplácito. Todo me ha sido entregado por mi **Padre**, y nadie conoce quién es el Hijo sino el **Padre**; y quién es el **Padre** sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.»”(Lc 10,21-22)

Palabras del maestro que buscan centrar a los discípulos en lo fontal de sus vidas y misión: la gratuidad del Padre, y no la cosecha exitosa –y tal vez arrogante– de haber sometido espíritus (cf. 10,17-20). Las cinco ocasiones en las que Jesús emplea “Padre” permite afirmar de alguna manera que ese, más que ningún otro, es el “Pentateuco” que rige la vida de Jesús, y la escuela de toda misericordia.

A lo largo de sus páginas, la Sagrada Escritura presenta diversidad de relatos donde la relación padre–hijos es bien significativa. La invitación es a considerar dos de ellos, parcialmente, uno es Job (Jb 1,1-5), el otro uno extraviado, anónimo (Lc 15,20).

Guía para la aproximación al texto:

Job / Padre “perdido”
➤ ¿Qué se dice de él?
➤ ¿Qué tipo de familia tiene?
➤ ¿Cómo se relaciona con ella?
➤ ¿Qué relación tiene con Dios?

En el caso de Job la buena fama de la que el texto deja constancia al inicio de la narración deja paso a una descripción más personal del personaje en relación a su familia y a Dios. Con ninguno de ellos hay diálogo. Job resuelve sobre la base de la sospecha. No insta a cambio alguno. Todo lo cree resuelto con una repetitiva práctica ritual de la que al parecer no se aspira a que tenga mayor incidencia en la vida de nadie. No hay corrección ni invitación alguna para cambiar de actitudes presumiblemente pecadoras. Job no habla ni con Dios ni con sus hijos. A lo largo de la obra va propiciándose un cambio, el deseo del Job de encontrarse con Dios cara a cara. Es un Job peleón que se muestra contrariado y disgustado. Todo empieza a cambiar cuando Dios mismo irrumpe desde la tormenta y abre espacios para propiciar el diálogo con Job (Jb 38,1-3). ¿No busca el relato de Job provocar una revisión de cómo es la relación con Dios más que ninguna otra cosa? Es una pregunta por la identidad y por el protagonismo real que se le concede al Creador en la propia vida. El epílogo de la obra describe un escenario diverso al inicial. El ambiente familiar es otro, las hijas tienen identidad, todos comparten la mesa. Job no ha encontrado tal vez respuestas a sus inquietudes más íntimas, pero ha descubierto el camino: el diálogo abierto y sostenido con Dios. ¿No es esto lo que hace Jesús en su relación con el Padre?

En cuanto al padre extraviado de Lc 15 la situación pareciera inversa. Son los hijos los que se muestran más indiferentes al padre. Ni lo buscan ni comparten con él la vida. En relación a las otras dos parábolas con las que este texto comparte el capítulo puede pensarse que también en esta algo se ha perdido, ¿se trataría del menor de los hijos? La propuesta es considerar que son ambos hijos quienes han perdido al padre. No buscan diálogo. No escuchan, tan solo exigen, reclaman en discursos cerrados. En medio de tanto egoísmo, solo el padre muestra gestos y disposiciones que hablan de encuentro y de nuevas posibilidades; es él quien mantiene la esperanza y acuna la misericordia. Su presencia y proceder se resiste a la ausencia de los hijos:

Podemos lamentarnos, cerrar los ojos o desviarlos de la realidad; podemos mantener la miopía que nos impide mirar lejos y tener visión de futuro evitando proyectar alternativas de vida (CER, Módulo 1,)

A través de este padre nuevamente Lucas presenta un pentateuco tejido en gestos concretos llenos de ternura: *lo vio – se conmovió – corrió – lo abrazó – lo besó* (15,20). Son acciones que se integran en abierto contraste a la aspiración soberbia del hijo de renunciar a la filiación para convertirse en asalariado. Es la misericordia en camino, que recorre y abre

a nuevos horizontes: el de la casa donde filiación y fraternidad son capaces de convivir. ¿Puede nuestra vida religiosa nutrirse y expresarse en las acciones del padre? ¿Tiene la libertad y alegría de manifestarse así? ¿Qué actualización posible tienen las acciones del padre?

Carlos Suárez